

Merced á ella, y puesta la atencion en proporcionarse las mayores satisfacciones con el menor esfuerzo; en conseguir los placeres más intensos con el menor dolor posible; vémosle tomar posesion del suelo con el deliberado intento de arrancar de él cuantos elementos haya menester para llenar las materiales necesidades de la vida. Ni desiste de su propósito porque la naturaleza se le muestre huraña: á fuerza de constancia vencerá sus repulsas y esquiveces. ¿Falta á sus plantaciones el agua que debe comunicarles frescura y lozanía? Irá á buscarla á los rios que la llevan abundante á la mar lejana. ¿Es obstáculo á sus planes la abundancia del propio elemento en los terrenos que pretende reducir á cultivo? Él discurrirá medios que le permitan extraer de sus campos el exceso de humedad subterránea. ¿Invade el Océano sus tierras cuando en invierno hincha las olas el vendabal? Imaginará un sistema completo de diques que lo impidan, y no satisfecho aún con ello, arrebatará al inquieto y proceloso elemento el terreno que para sus especiales fines haya menester. Y desecará pantanos, y convertirá en campos de labor arenales inmensos, y aprovechando los consejos de la ciencia y los de la experiencia propia, industrialáse de manera que no ceje ni se satisfaga mientras no haya cambiado en otra la naturaleza del suelo, modificando, si lo juzga preciso, las influencias que provienen de su exposicion al mar, de la inclinacion del terreno, de la proximidad de las montañas, de la direccion de los vientos reinantes en la comarca..... Y recordando acaso los fantásticos babilónicos pensiles, ó los jardines de Armida, que ruedan confusos en su memoria, con las maravillosas narraciones que tanto le deleitaran en su infancia; trocará en pensiles verdaderos, —donde vides de especies mil ostenten sus lujuriosas guirnaldas, de pámpanos y racimos formadas, y den al viento sus embriagadores perfumes el almenadro, y el granado y el naranjo, —las abruptas pendientes de las montañas calcáreas, cuyas cimas coronan entre las nie-

blas la encina y el abeto, el roble y el ciprés, en tanto que acarician su frente y bañan sus plantas las frescas brisas y las aguas juguetonas del Mediterráneo.

Mas, ¿de qué le sirvieran tantos esfuerzos, tantos afanes, fatigas tantas, si no pudiera dar salida á sus inmensas producciones; si no contara con medios para trocar por los que le faltan los frutos del suelo, ó los debidos exclusivamente á su industria que para nada necesita; si le fuese imposible, en suma, establecer ese comercio de ideas que tanto y tan poderosamente contribuye al desarrollo y engrandecimiento de la inteligencia, proveniente del trabajo, que se traduce en definitiva en progreso positivo en la vida de las sociedades? ¡Qué cúmulo de fatigas, qué prodigiosa cantidad de sacrificios, qué inmensos tesoros de habilidad, ingenio y perseverancia representan las vias de comunicacion realizadas por el hombre, desde la senda abierta cabe el lindero de un bosque, con el objeto de entablar relaciones con los individuos de otra familia ó de otra tribu; ó el frágil leño en que se aventuraba á lo largo de las mansas ó procelosas corrientes de los rios, *camino que andan* que les llama Ritter, y esos otros caminos que sobre la superficie de los continentes, ó al través de los mares recorre en vehículos impulsados por el fuego y movidos por el vapor! Nada resiste á su empuje cuando se trata de estrechar los vínculos de amistad y mútua correspondencia entre los pueblos más apartados. ¿Levántase á su paso enhiesta cordillera? No importa: abrirá en sus entrañas galerías inmensas, cuya extension se contará por kilómetros. ¿Hállase de improviso con valles profundísimos? No se acordará siquiera de descender á ellos, sinó que enlazará las montañas que los limitan por medio de atrevidos viaductos, lanzados al aire, se diría, mediante el conjuro de mágica varilla. ¿Surge á su paso la impetuosa corriente de caudaloso rio? No pensará un solo punto en que puede desviar su curso, sinó que pasará indiferente sobre el mismo, echando entre una

y otra orilla puente ingeniosísimo de filigranada labor. ¿Alzase ante él imponente el mar? No por esto se detiene; abrirá un camino debajo de las inquietas olas. ¿Es la cordillera granítica que enlaza las dos porciones del continente americano, ó el desierto de arena que une al Asia las libicas regiones? No importa: atravesará los istmos de América por medio de túneles inmensos que sirvan de lazo de union entre el Pacífico y el Atlántico, ó hará del África una isla inmensa, practicando en la arena movediza un dilatado canal que surquen cargados de riquísimas mercancías los bajeles de los dos mundos. El pueblo romano construyó monumentales vias militares á lo largo de las costas mediterráneas, sobre las cuales marchaban los ejércitos de la reina del mundo, impulsando la civilizacion por el doloroso y costosísimo procedimiento de la guerra: los pueblos modernos han llevado á cabo en breves años el camino de hierro trasatlántico que atraviesa en toda su extension la América del Norte, desde Portland y Nueva-York á S. Francisco, y terminarán indudablemente el que partiendo de la antigua Gades ha de concluir en el cabo Oriental, sobre los cuales marchan tambien los ejércitos que impulsan la civilizacion por todos los medios de que disponen las artes de la paz.

Mas ¡ay mal pecado! que olvidando constantemente el hombre lo humilde de su origen y la ruindad de su sér, cede á sus flaquezas, déjase cegar por la pasion, y ofrece una y otra vez, sin que escarmiente nunca, el espectáculo lamentable de su orgullo vencido y de su humillada soberbia. Hoy, contestándose á la pregunta que se dirigiera al contemplar su corazon presa del tedio y de la desconfianza ante las potentes energías de la naturaleza, puede decir: Arrebatando al rayo su poder destructor, helo sometido á mi voluntad y antojo, y lo he empleado en mi servicio para comunicarme con mis semejantes de un extremo del mundo á otro, sin que hayan sido obstáculo á mis planes las

solitarias estepas de la Rusia, las sábanas inmensas y las pampas dilatadas de las dos Américas, ni el mar anchuroso y profundo que se extiende entre uno y otro continente: encerrando en breve espacio el vapor de agua destinado á convertirse en lluvia benéfica ó en asolador pedrisco, he cruzado en todas direcciones los ámbitos de la tierra desde un polo á otro polo: impulsado por gas sutilísimo, ó llevado por débil nubecilla de humo, heme lanzado á las regiones de la inmensidad y contemplado los astros que pueblan el firmamento, y medido las distancias que á los unos de los otros separan. Mas, ¿semejantes triunfos, legítimos, puesto que son resultado de su trabajo y de sus afanes, autorízale para exclamar arrogante: Dios creó las olas embravecidas; yo las hiendo y surco en mis naves: Dios creó la tempestad; yo la domino: Dios creó las distancias; yo las borro: Dios sacó el mundo de la nada; yo en el interior de mis retortas he presenciado el fenómeno inmenso del paso del gas inorgánico á la célula organizada?

¡Ilusion, ilusion! Jamás conseguirá el hombre dar vida á lo que no la tiene: nunca, por mas que se esfuerce, y luche, y trabaje, y se retuerza en gigantescos é impotentes estremecimientos, podrá conseguir que sea lo que no es; que de la nada resulte en sus manos el sér. Cuando más alcance acercarse al Supremo hacedor, será cuando depuestas por completo las groseras pasiones de los sentidos; excitados en su más alto grado los sentimientos que son resorte de las facultades de su alma; dominado por la emocion; arrebatado por el entusiasmo; brillando sobre sus sienes la llama del genio; inspirado, conmovido, convulso, sienta brotar de su pecho, y de su frente, y de las fibras todas de su corazon, raudales impetuosos de divina poesía, que al traducirse en hechos; al tomar forma material y corpórea por medio de la línea, del color, del tono, de la palabra, se llamarán el *Partenon* ó las *Catedrales de la Edad media*: el *Apolo* ó el *Moises*: la *Transfiguracion* ó la *Disputa del Sa-*

*cramento : Norma ó Roberto: los Poemas de Homero , ó la sublime Trilogia del cantor de Beatriz.*

No se crea, sin embargo, en vista de las precedentes consideraciones, que compartamos la opinion de los que pretenden explicar los hechos de la historia por las especiales disposiciones del lugar que tuvieron por teatro , llegando al extremo de sostener, por espíritu de sistema arrastrados, que «el desarrollo de la humanidad hallábase de antemano escrito con grandiosos caracteres , en las mesetas , en los valles , y en las corrientes fluviales de los continentes». Lo que nosotros creemos es que no existe montaña ni llanura, cañada ni desfiladero, rio ni arroyo, pantano ni eminencia, que no hayan desempeñado ó estén llamados á desempeñar papel importantísimo en la sublime tragedia que ejecuta el linaje humano : lo que nosotros sabemos es que no necesitamos hacer grandes esfuerzos, para ver en los valles la patria primera de los pueblos; en los montes que los ciñen, los muros poderosos opuestos á las irrupciones del invasor; en los rios y en los arroyos que al pié de los mismos se deslizan, el foso profundo que se llenaba de sangre y de cadáveres, siempre que el enemigo pretendia hollar con planta innoble el suelo que se propusiera someter; en las gargantas y collados, los baluartes inexpugnables en que hacian su postrer esfuerzo los vencidos , dando al aire los gritos mágicos de libertad ó independencia.

Y esta creencia está en nosotros tan profundamente arraigada , que , no obstante las dificultades gravísimas, si nó imposibilidad completa, que se presentan, al mero intento de emprender una descripcion , de la cual resulten las armonías existentes entre los hechos históricos de la raza humana y los accidentes del planeta que ha sido escena de los mismos ; bástanos contemplar detenidamente la carta que lo reproduce, para que, á la manera de los cuadros que sucesivamente nos ofrece la excitada fantasia en la agitacion

del insomnio, tras un día entero invertido en la contemplación de paisajes variados y nunca vistos, se presenten unas en pos de otras á nuestras miradas, las regiones del globo que mayor influencia han ejercido y parte más importante han alcanzado en el desenvolvimiento y cultura de los pueblos.

Allá en las regiones más orientales del antiguo mundo, llama nuestra atención continuada serie de extensas comarcas suavemente inclinadas hácia el mar: y al ver los anchos y dilatados ríos que las cruzan; las costas, riquísimas en accidentes, que las perfilan; las numerosas islas que en continuado archipiélago delante de ellas se desarrollan; las elevadas cordilleras que en sus límites occidentales se levantan y que no semejan sino muralla insuperable, establecida con el propósito de impedir toda relación entre las naciones á una y otra banda situadas: al considerar, que sus condiciones climatológicas son tales, que en ellas se suceden en regular alternativa las diferentes estaciones; que el suelo rinde con poco esfuerzo frutos ópimos, variados y abundantísimos, comprendemos, fácilmente, que no se necesitan otros elementos para que sus felices moradores, sin más recurso que el de sus propias fuerzas, hayan llegado de muy antiguo á un nivel superior y sido maestros en agricultura, en industria, en comercio, en filosofía práctica, en todo lo que caracteriza, en suma, á un pueblo que sintiéndose dichoso bajo el cielo en que mora, satisfecho con poder legar á sus descendientes los conocimientos que constituyen su patrimonio, y mantener con sus vecinos un fácil y nunca interrumpido comercio de ideas, á nada más aspira, siendo para él el resto del mundo como si realmente no fuera.

Más cerca de nosotros, en las tierras que desarrollándose próximamente en el sentido de los paralelos, constituyen la vertiente occidental de la región asiática, notamos desde luego mayor regularidad en la forma de sus contornos; ar-

monía más constante en la distribución general de sus masas. La raza que consiga establecerse sobre la meseta de Pamir, ha de hallarse dotada de tales condiciones de perseverancia y energía, que al derramarse después hacia el Indostan, y la Bactriana, y el Asia Menor, no vea obstáculos que no pueda vencer, en las elevadas cordilleras del Soliman-Dagh y del Hindu-Kuch, en las mesetas salinas de la Persia, y en las sierras transversales del Elbourz, el Araarat y el Tauro. Sus individuos no formarán naciones aisladas, y unas de otras del todo independientes, sinó que por el contrario, mantendrán relaciones constantes y amistosas, en cuya virtud puedan hacerse propiedad común, las adquisiciones particularmente realizadas y debidas á la especial civilización que en cada uno de los pueblos se elabore, merced á los recursos que ofrece la naturaleza del suelo; resultando de ello establecido, á pesar de las distancias, ese cambio de ideas que, sosteniéndose por los mitos teológicos, los himnos religiosos y las sentencias filosóficas, bien que suavizadas sus asperezas al rodar incesante de los tiempos, y mediante el carácter especial de cada una de las naciones, del mismo modo que entre los Hebreos y los Caldeos, podemos reconocer en los Indos y en los Persas, en el pueblo Fenicio y en el Cartaginés.

Encerrada entre las últimas ramificaciones del Líbano y las aguas del mar de Levante, existe una región prolongada y angosta, triste, monótona, sin uno solo de los accidentes variados que hacen grata la permanencia en un país. Y sin embargo, después de haber recorrido en larguísimas peregrinaciones las extensas penínsulas que bordean la región meridional del Asia, establécense en aquella región, primero los Fenicios, más tarde los Cartagineses, pueblos destinados por Dios á desempeñar en la historia un papel de la mayor importancia. Dotados de carácter emprendedor, perseverantes en sus propósitos, decididos hasta la osadía, resueltos hasta la temeridad, enemigos por tem-

peramento del órden constante y del regular modo de ser que caracterizan á las naciones sedentarias; su vida instable y movediza como las olas, necesitaba el mar por patria. Bastaba á sus más perentorias necesidades un varadero para sus naves: un puerto donde al regreso de sus expediciones, pudieran poner sus flotas al abrigo de los vientos: un centro de contratacion, verdadero emporio de comercio, en el cual se cambiaran todas las mercancías, y con las mercancías todas las ideas, y con las ideas todas las usanzas y con las usanzas las lenguas todas del mundo conocido. Pues bien: ese varadero, y ese puerto y ese emporio lo constituye la region en que los Fenicios se fijaron, region que todas las tardes iluminaba el sol en su ocaso, cual si quisiera trazarles el camino que en sus viajes tenian que seguir.

Y lo siguieron: y al emprender la derrota que las costas mediterráneas les señalaban, navegando hácia el Norte halláronse al paso con las florecientes ciudades del Asia Menor, y marchando hácia el Sur dieron con el Egipto, es decir, con los representantes principales de la civilizacion occidental en esos primeros tiempos de su existencia. Pero las regiones egipcias y las del Asia Menor, como resultado natural y preciso de las razas que las poblaban, de las costumbres que las distinguian, de los climas que á cada una de ellas caracterizaban, venian á ser algo semejante á los polos opuestos de un mismo eje magnético, siendo por todo extremo visibles los contrastes de variada naturaleza que ofrecian una respecto de otra. Mas estos contrastes menguaban al paso que iban en aumento la comunicacion y el contacto establecidos por las grandes emigraciones, y por las guerras, y por las conquistas, en un principio; más adelante por el comercio, por los viajes y hasta por las necesidades del saber; y debian concluir por borrarse completamente, resultando de ello, fundidos y amalgamados en una sola civilizacion, todos los materiales y todos los elementos y toda la vida de las varias civilizaciones, que procedentes

del extremo oriente, despues de haber recorrido en variadas direcciones las extensas comarcas del Asia, detuviéronse ante la barrera que con sus olas les opusiera el Mediterráneo. Y era tambien circunstancia precisa, condicion indispensable, puesto que se tratába, si así podemos decirlo, de compendiar en breve espacio el mundo conocido, que ese espacio reducido abarcara dentro de sí las circunstancias que se hallan en los continentes, viniendo á ser en cierto modo un mundo en miniatura.

La península helénica reunia todas estas condiciones. Enlazada con el Asia por su base y por medio de las numerosas islas que se bañan en el mar que de la misma las separa; adelantándose hácia el Africa por los puntos más prominentes de sus accidentadas costas; dándose la mano con Europa, de la cual es al par antemural y centinela avanzado, adivínase que su suelo ha de ser teatro de grandes y trascendentales acontecimientos. Bajo un cielo diáfano y transparente, con un clima grato y apacible que preserva de las crudezas del Septentrion la dilatada cordillera que en el Norte se levanta y cuyos ardores templan en estío las brisas perfumadas del Egeo y del Jónico y del Adriático, que surcaban á porfia las naves procedentes de Egipto, de la Fenicia, de Chipre, de Efeso, de la Troada; con un suelo feraz y abundante en toda suerte de frutos y producciones, encierra en espacio brevísimo y formando el conjunto más armónico que pueda imaginarse cuanto el hombre más exigente pueda desear. Vemos allí montes como el Pindo y el Citeron; el Pelion y el Osa; el Parnaso, mansion de las musas, y el Olimpo, morada de los dioses, que insignificantes por su altura, disfrutan no menor nombradía que las más encumbradas eminencias de los Alpes, del Himalaya y de los Andes: pasos y desfiladeros como el de las Termópilas: valles como el de Tempé en la Tesalia y los de la Arcadia, que han cantado á porfia los poetas de todas las edades: llanuras como las de Tracia y del Ática: lagos

como el Copais: rios como el Cefiso y el Alfeo; el Erimanto y el Eurotas: ciudades como Farsalia y Stagira; Tebas y Corinto; Atenas y Esparta; Eleusis y Olimpia. La península con que termina, semeja recortada y artística hoja de plátano mecida al compás de blando oleaje, en la cual los cabos que en el mar penetran, determinan la formación de los golfos de Egina y Nauplia, y Maraton y Coron y Corinto; al paso que, cual bandada de gaviotas reposando sobre las aguas, aparecen numerosas islas entre las cuales descuellan Lemnos y Lesbos, Schiros y Cohio, Pars y Milo, cuyos nombres, como todos los que dejamos consignados y otros mil que podríamos citar, traen á la mente el recuerdo de sus dioses y de sus héroes; de sus reyes y de sus magistrados; de sus legisladores y de sus filósofos; de sus generales y de sus guerreros; de sus historiadores y de sus poetas; de sus oradores y de sus artistas; de sus fiestas religiosas y de sus solemnidades cívicas, y el de los grandes hechos y levantadas empresas realizadas y llevadas á término por esas pequeñas repúblicas, que igualmente favorecidas por la naturaleza, en rivalidad constante unas respecto de otras, emulaban sus glorias respectivas, y en cuantas manifestaciones es capaz de producir el humano espíritu, trasmitian á las edades venideras testimonios de alto ejemplo, que la mano destructora del tiempo no ha podido borrar completamente, en el dilatado transcurso de más de veinte siglos.

De continuar por esta senda, temeria, Sr. Exmo., faltar á los deberes que me imponen, por un lado el motivo y la ocasion que nos tienen congregados, por otro vuestra benignidad é indulgencia, tanto más dignas de respeto cuanto son más notorias y proverbiales. Las indicaciones que preceden, bastan además para formarse idea perfecta de la EXTENSION que abarca la Ciencia geográfica; podemos, pues, sin necesidad de insistir en nuevos detalles, emprender el desarrollo de la tercera y última parte.

### III.

Despues de lo que dejamos expuesto, fácilmente pueden comprenderse las RELACIONES existentes entre la GEOGRAFÍA y otras ciencias que, teniendo en cuenta la manera como procede el espíritu humano en su desenvolvimiento, podriamos considerar como resultantes y auxiliares al par de la existencia de la misma.

Ni tenemos por que detenernos en justificar lo que acabamos de exponer, pues de seguro no habrá escapado á vuestra penetracion que al considerar la Tierra como uno de los innumerables mundos que forman parte del universo, describiendo su forma, explicando sus movimientos, revelando las leyes á que obedecen y los fenómenos que de las mismas resultan, nos ha sido indispensable sumergirnos en las amplias profundidades del espacio sideral, guiados por la *Cosmografía* y la *Astronomía*; del mismo modo que al fijarnos en el aspecto que hoy ofrece, en los elementos que la constituyen, en la disposicion y proporcionalidad en que se encuentran, en los cataclismos que ha experimentado, en los fenómenos que al presente en todas y cada una de sus partes se realizan, y en las causas de que proceden, hemos debido solicitar el auxilio de la *Geología* primero, despues el de la *Física* y el de la *Química*. Más tarde, no satisfechos todavía con esos conocimientos, considerando que el planeta estaba destinado por Dios á ser morada del hombre, y que este debia llenar en el mismo fines variados, para la realizacion de los cuales necesitaba indispensablemente grandes recursos que, dada la escasez de sus fuerzas, no podia proporcionarse por sí solo; hemos debido apartar la atencion de la materia inorgánica, para fijarla en el reino

organizado; y al examinar la manera como surgió la vida en el seno de la Tierra, y el orden en que fueron producidos los seres vitales, nos hemos hallado dentro del campo de las ciencias naturales, especialmente de la *Biología* y la *Paleontología*.

Aparece por fin el hombre, y nos ha bastado contemplarlo un breve instante, para comprender que no fué creado para vivir en soledad y aislamiento; que solo estableciendo relaciones sociales con sus semejantes, pudo vencer los obstáculos de todo género que constantemente debia hallar acumulados á su paso; y al estudiarlo en los primeros momentos de su existencia sobre este mundo: al ver el procedimiento en virtud del cual va modificándose paulatinamente en su manera de ser, pasando por los diferentes estados bajo los cuales se nos ofrecen los pueblos primitivos; al fijarnos en las emigraciones que ha debido llevar á cabo para extenderse en todas direcciones hasta cubrir la sobrehaz del globo: al considerar los vínculos sociales que le mantienen unido en estrecho lazo de mutua dependencia: al contemplar en conjunto el cuadro inmenso que, en rasgos determinados y característicos, nos pone de manifiesto la perfecta armonía del mundo moral; las leyes que determinan las vicisitudes dentro de las cuales se encierran el progreso, perfeccionamiento y decadencia de las sociedades; las reglas que rigen y los principios que informan la ciencia para el gobierno de las mismas, hemos penetrado unas veces en los dominios de la *Antropología* y de la *Fisiología*; otras en los de la *Etnografía* y la *Filología*; otras finalmente en el grupo vastísimo comprendido dentro del nombre genérico de *Ciencias morales y políticas*.

Pretencioso seria, y sobre pretencioso excusado, intentar siquiera la demostracion de dichas relaciones: lo que la GEOGRAFÍA toma de esas diversas ciencias; lo que cada una de ellas va á buscar al campo de la GEOGRAFÍA. Hay más aún: suponiendo que nos sintiéramos para ello con fuerzas

y capacidad suficientes, capacidad y fuerzas de que nos llamamos desprovistos,—y de seguro no achacaréis la confesion á exceso de modestia,—no emprenderíamos en manera alguna una tarea que exige otra ocasion y mayor espacio para ser tratada cual corresponde. Mas con todo esto, no podemos menos que insistir respecto de una coincidencia singular, que, por serlo como pocas, de seguro no habrá pasado desapercibida á vuestra poderosa atencion. Aludimos á la circunstancia de pertenecer la mayoría inmensa, por no decir la casi totalidad de las ciencias que dejamos nombradas, á la categoría de aquellas que más argumentos y mayor contingente de objeciones proporcionan á aquellos que, satisfechos con desflorar la superficie, sin penetrar en el fondo de las cosas, consideran la ciencia incompatible con la realidad de las verdades reveladas, si no es que la han cultivado y cultivan con el determinado propósito de sostener la existencia de un conflicto esencial y permanente entre ella y los principios fundamentales de la religion.

Yo no sé si habré merecido que os fijarais en las palabras puestas en el párrafo con que termina el proemio de este discurso. Pues bien: con la sinceridad y franqueza que me son propias debo manifestaros, que al comprender dentro de los términos de su tema, la parte en cuyo desarrollo nos estamos ocupando, al par que poner patente la existencia de las relaciones á que hace poco me referia, propúseme utilizar la enunciaci6n del hecho, para dejar manifiestos los graves peligros que encierran para la juventud inexperta, —por mas que cuente con el poderoso fundamento de las creencias, basadas en principios inmutables é incontrovertibles,—los mágicos encantos encerrados en el seno de esta, que, con una petulancia que no sabríamos encarecer, hase dado á sí misma el nombre pretencioso de *Ciencia moderna*. ¡Como si la ciencia pudiese ser hoy distinta de lo que era ayer! ¡Como si los errores, sea la que se quiera la época á que pertenezcan, viéndose convictos de tales, pudieran engalanar-

se con las preseas que son exclusivo ornamento de la verdad! ¡Como si no estuviera la ciencia sometida á esa ley de progreso y perfeccionamiento, en virtud de la cual, soluciones admitidas hoy como verdades axiomáticas, serán mañana consideradas como errores provenientes de carencia de datos y de falta de fundamentos, y mirados con esa sonrisa, entre compasiva y burlona, con que el hombre, al cruzar los linderos que separan la virilidad de la vejez, contempla con lástima de sí mismo, las ilusiones engañosas que juzgara realidades tangibles en los años hermosos de su juventud!

—Que el hecho existe, no soy yo quien debe decirlo: vosotros mismos á quienes soy deudor, en gran parte, del menguado caudal científico que al cabo de mis años he logrado reunir, cuidasteis de advertirme, que nó porque broten, en apariencia, puras y cristalinas, son siempre provechosas y salutíferas las aguas desprendidas de un manantial, siquiera se forme entre graníticas peñas, y proceda de los elevados riscos que las brisas del cielo acarician eternamente, ó envuelven en sus rozagantes velos los vapores que, impregnados de aromas, se elevan del fondo de los valles. Mas lo que en otro tiempo pudo considerarse fruto de contadas individualidades,—que todo lo subordinaban al afan inmoderado de producir efecto, echando mano, sí á sus fines aprovechaba, de una rebuscada y nada espontánea originalidad,—ó creacion bizarra y extravagante de imaginaciones enfermizas,—que sin percatarse de ello, obedecian á la idiosincracia de su organismo, si no es que obraban á impulsos de un desequilibrio humorístico,— es hoy resultado de un plan en hora nefanda concebido; fria, tranquila, pacientemente meditado; que tira á extirpar la fe de los corazones: á embrutecer al hombre con achaque de endiosarlo: á subvertir las bases poderosas sobre las cuales tiene asiento el orden social.

Lejos de nosotros la pretension de que la ciencia deba permanecer estacionaria; de que no pueda adelantar un solo paso, ni hayan de ser aceptados como buenos los descu-

brimientós que realiza y las conquistas que incesantemente lleva á cabo, mientras unos y otras no se hayan ensayado en la piedra de toque de las verdades admitidas, y depurado en el crisol de la experiencia demostrada. Con semejante proceder, invariablemente seguido, ni la ciencia habria soltado aun los andadores; ni podríamos aceptar como movimiento real el aparente quietismo de determinados cuerpos celestes; y tendríamos que aceptar, por ejemplo, como realizada en seis dias, determinados por dos pasos consecutivos del sol por un mismo meridiano, la obra de la creacion, cuando respecto de los tres primeros por lo menos,— y téngase en cuenta que la observacion no es nuestra, sino de S. Agustin,—no es esto posible, por la razón sencillísima de que no habiéndose establecido todavía la relacion hoy existente entre la Tierra y el Sol, habrian faltado para regularlos las indicaciones que dimanarían del movimiento de aquellos.

Nó, no es á esto precisamente á lo que nos referíamos, y hasta juzgamos innecesario manifestarlo, habiendo cuidado de consignar que la ciencia, como resultado del humano esfuerzo, ha de estar sujeta á las condiciones de desarrollo inherentes á cuanto procede de quien, por su naturaleza, es mudable, perfectible y perecedero. Al expresarnos en los términos que anteriormente dejamos expuestos, recordábamos el fenómeno, que de seguro habréis observado;—pues hoy es tan frecuente, que llega á constituir rasgo característico del momento histórico en que vivimos—, que más de una vez habrá sublevado vuestos rectos corazones; contra el cual veces mil habréis protestado desde el fondo de vuestras conciencias,—por lo mismo que no os habrá sido dable contemplarlo indiferentes—, y que consiste en que hay por un lado quienes se empeñan en sostener la existencia de conflictos que no pasan de imaginarios, y de incompatibilidades que solo merecen el nombre de soñadas; al paso que extremándose otros en opuesto sentido, no vacilan en introducir

la perturbacion en los ánimos y la inquietud y sobresalto en los corazones, sosteniendo que es peligrosa toda innovacion, y punible todo adelanto, y todo progreso pecaminoso. Y todavía suben de punto los males que nacen de tan opuestos criterios, cuando se considera que así como aquellos imponen el denigrante estigma de la ignorancia al que, firme en sus convicciones, sostiene que la razon por sí sola, de nada aprovecha si no cuenta con el apoyo de la fe; no vacilan los segundos en condenar como racionalista y escéptico, y aún en echarle encima el sambenito y la corozca como hereje y contumaz, al que, en mayor honra y gloria del Señor de los mundos, considerando que Dios no quiso hacer de la Biblia un manual inspirado de todas las ciencias; una como universal enciclopedia de todo conocimiento, y recordando que el Cristianismo nada debe temer del progreso de las ciencias, explica ciertos hechos prescindiendo del sentido estricto de los términos empleados en los sagrados libros.

Compréndese que el hombre, movido por las malas pasiones que han sido para él fuente perenne de miseria y amargura, persevere hoy en la obra que emprendiera en el instante mismo en que, convencido de su superioridad respecto de los demás séres de la creacion, pretendió igualarse con Aquel que de la nada lo sacara: concíbese que obedeciendo á móviles idénticos, y por lo mismo que no sabe domeñar sus aviesos instintos, ni someter al yugo de sus deberes y al de su entendimiento sus protervas inclinaciones, pretenda obtener, levantando un edificio científico, lo que en vano se propuso conseguir con la torre de ladrillo que alzara en las llanuras de Sennaar: explicase perfectamente, por último, que exista una ciencia pretenciosa y vana, que, exagerando hasta lo infinito los testimonios de la naturaleza, achaque la existencia de los mundos á las fuerzas inmanentes en la materia, ó, hablando en términos más precisos, presuma de explicar el mundo sin Dios. Lo que no se comprende, lo que no se concibe, lo que carece de toda explicacion, es que

haya quien obrando tranquila y desapasionadamente, juzgando servir mejor la causa de la verdad, guiado por mezquino espíritu de sistema, rechace inconscientemente esos testimonios de la naturaleza, que la ciencia ha hecho manifiestos, y que por lo mismo magnifican y cantan con mayor elocuencia las glorias de la Divinidad. Nó, entre la ciencia y la fe no pueden existir antagonismos ni contradicciones: el libro de las revelaciones divinas, y el de la naturaleza, como salidos de las manos del mismo Autor, constituyen la expresion de un solo pensamiento, y en este pensamiento, llámese el libro Biblia, llámase el libro Naturaleza, no puede encerrarse error, porque quien lo compuso, ni puede engañarse ni puede engañarnos.

A los que ateniéndose á la letra del Libro, empenñanse en cerrar los ojos á la evidencia y lanzan sus anatemas contra los que, no obstante hallarse convencidos de que el error no ha de prevalecer, con el determinado propósito de impedir que adelante en su camino, y haga prosélitos, trabajan en allanar el que conduce á la morada donde brilla triunfante la Verdad, les recordaremos que «la Escritura encierra muchas cosas dichas segun la opinion del tiempo, nó segun la realidad de las mismas» (1); que «sucede con frecuencia que un infiel, merced al racionio ó á la experiencia, tenga nociones muy ciertas de lo que se refiere al mundo y á sus diferentes partes; á los movimientos, magnitudes y posiciones de los astros; sucesion de las estaciones; naturaleza de los animales, de las plantas, de las piedras y de otros objetos del propio género, y que el cristiano que se empeña en tratar los mismos asuntos segun la enseñanza admitida, no solo se pone en ridículo, sinó, y esto es mucho peor, que da pié á los infieles para que presuman que los autores sagrados han admitido las mismas extravagancias» (2);

(1) S. JERÓNIMO.

(2) S. AGUSTIN

que «por lo mismo que la Escritura puede ser de diversos modos comprendida, nadie debe adherirse á una interpretacion particular con tal empeño, que si en virtud de una demostracion evidente se prueba la verdad de lo contrario, no deba ser lo contrario inmediatamente aceptado» (1). Les diremos en fin, valiéndonos de la autoridad de uno de los más eminentes expositores contemporáneos, «que por mas que los dogmas sean inmutables, enciérrase un verdadero peligro en dejar creer que el espíritu humano halla siempre levantada la barrera de los mismos en los límites de su horizonte, cuando es un hecho, que nada hay que sea obstáculo al vuelo *legítimo* de su inteligencia» (2).

En cambio, á los que infatuados con sus conquistas más que reales imaginarias, rebeldes á toda dependencia, enemigos por sistema de toda sujecion, empéñanse en explicar el mundo por la evolucion de la materia increada, y reconocen en el *monoplasma* el único elemento de vida de los organismos animal y vegetal, les diremos con Schleiden «que la primera regla que deben observar consiste en no ocuparse en aquello que no entra en el círculo de sus experimentos, ni para afirmarlo ni para negarlo; que por lo mismo que Dios y el alma y la libertad humanas, no pertenecen al dominio de las observaciones físicas, no tiene por que hablar de ello el naturalista, ya que como tal naturalista, ora afirme, ora niegue, no puede menos que caer en gravísimas inconsecuencias; y que dado caso que nó como naturalista, sinó como hombre, pretenda hablar de tan sublimes verdades, recuerde que la segunda regla de las ciencias consiste en no emitir jamás juicio alguno, sobre aquello que no se conozca muy á fondo.» Les repetiremos con Humboldt «que la verdadera geognosia es cierta, pero que cuanto dice relacion con el estado primitivo de

(1) STO. TOMÁS.

(2) EL R. P. CAUSSETTE, en su obra *Le bon sens de la Foi*, que hemos estudiado detenidamente para esta parte de nuestra *Oracion*.

nuestro planeta es tan incierto, como la materia de que está formada la atmósfera de las estrellas.» Les recordaremos, finalmente, con Harley, «que en materia científica una probabilidad se halla desacreditada por otra; que el progreso científico llevado á cabo por una generacion, constituye una supersticion á los ojos de la siguiente; y que, para cada certeza incontrovertible, cuéntanse mil creencias sujetas á variacion.»

Desechen, pues, sus infundadas prevenciones los que, resistiéndose á admitir que la ciencia se halla en dominio de un número inmenso de verdades, contra las cuales no puede prevalecer la duda más metódica, empuñanse en mirar como invencion del enemigo de Dios y de los hombres los verdaderos progresos por la misma realizados, y escuchan con la helada sonrisa del incrédulo, el anuncio de las conquistas que incesantemente lleva á cabo. Consideren que tanto como los Padres y Doctores de la Iglesia, exponiendo el dogma y comentando los sagrados textos, han enaltecido la obra de la revelacion, Pascal y Galileo, Descartes y Leibnitz, Copérnico, Newton y Keplero, esas grandes lumbreras, orgullo del saber humano, que en todos los siglos y en todos los pueblos, con lo profundo de sus conocimientos, con lo arraigado de sus creencias, con sus convicciones firmísimas, con su piedad acendrada, han confirmado el axioma de Bacon: «Poca filosofía inclina al ateísmo, mucha filosofía conduce á la fe,» y cejarán en una empresa que tiene no poco de arriesgada, por lo mismo que, tendiendo á encerrar en reducido espacio legítimas y multiplicadas aspiraciones del espíritu humano, provoca reacciones peligrosas que con la mayor facilidad pueden hacer estallar el frágil vaso en que se operan. = Desistan de su propósito los hombres de ciencia desvanecidos, que, deslumbrados ante el sublime espectáculo de la naturaleza, no aciertan á distinguir al Autor augusto de quien tantas maravillas emanan, olvidando que no es el

que pasa la vida puestos los ojos en la tierra el que mejor vista alcanza, sinó el que, con mirar al suelo, de cuando en cuando convierte al firmamento sus miradas; y que jamás investiga las causas que los han producido, el que se da por satisfecho con los efectos de aquellas resultantes. Cedan en su empeño que nada abona, que á nada práctico, ni noble, ni elevado conduce, y no se extremarán en una oposicion sistemática, ni persistirán en una rebelion perenne, que ya que les proporcione efimeros triunfos de amor propio y pasajeros y despreciables resultados materiales, no ha de contribuir á que sus nombres, que en tanto estiman, pasen á la posteridad ceñidos de lauro inmarcesible; puesto que toda vez que la generacion presente los legue á las futuras generaciones, ha de ser grabando en su frente el sello del ridículo, si no es que prefiere señalarlos con el estigma del réprobo.

Y que en esta oposicion se extreman, que en esta rebelion persisten, hasta el punto de subvertir, como dejamos indicado, las bases y fundamentos del órden social, están diciéndolo por un lado el procedimiento seguido en la obra de la negacion; por otro, los trabajos de toda naturaleza que incesantemente se realizan, y en los cuales, de cada vez resultan más patentes y manifiestos los delirios y extravagancias á que se entrega el hombre cuando ha acabado por romper y reducir á menudas piezas esos vínculos que juzga humillante yugo, con todo y no ser otra cosa que preceas de gran valía que le dignifican; florones preciados de la esplendente corona que ciñe como rey de la creacion.

En el primer concepto, es decir, bajo el punto de vista del procedimiento, para que se comprenda que nada tiene de científico, ni siquiera de noble, ni tan solo de hidalgo, basta considerar que el aparatoso acompañamiento de que se presenta rodeada la negacion, consiste exclusivamente en un cúmulo inverosímil de suposiciones gratuitas, de conje-

turas aventuradas, y de hipótesis atrevidas, de las cuales se deducen consecuencias ilógicas y conclusiones absolutamente desprovistas de fundamento, sobre cuya falsa base se levantan teorías y sistemas, tanto como ingeniosos y deslumbrantes, desprovistos de toda condicion de solidez y estabilidad, que solo ofrecen como rasgo comun y característico el ser hostiles á la fe. En el segundo, no se necesita mas que lanzar una rápida ojeada sobre el vasto campo de esa llamada ciencia, para convencerse de que todo el empeño de sus arrogantes cultivadores, encaminase á demostrar que «nada existe superior á la naturaleza ni fuera de ella,» es decir, á rehabilitar un error olvidado de puro añejo: á volver á la vida un cadáver reducido á polvo y podredumbre. Sí, todas esas novedades de que tan ufanos se muestran; todos esos descubrimientos que tan orgullosos los tienen; todas esas pretensiones que tan desvanecidos los traen y que pregonan de mil modos distintos, no son mas, en último resultado, que el materialismo grosero, y el repugnante panteísmo por el primero engendrado, en virtud de la identificacion de las ideas de causa y efecto, que elevaron á su más alto punto las primeras escuelas griegas, falseando la ciencia por medio del sofisma y pervirtiéndola echando mano del sistema; que Sócrates y Platon desenmascararon y pusieron en ridículo; y que hoy se pretende que aceptemos como flamante novedad, nada mas que por ofrecérsenos adornado el disfraz primitivo con las galas del lenguaje, con los encantos del estilo, con las alharacas y oropeles que tanto privan en los venturosos tiempos que alcanzamos.

¿Qué hacen sinó la *Cosmografía* y la *Geología*, cuando para explicar la obra de la creacion establecen su génesis diciendo: que al principio existia el átomo desprovisto de toda cualidad química y sometido por completo al imperio de la mecánica pura; que esos átomos, en virtud de la aparicion de las fuerzas químicas contenidas potencialmente en

la materia, y á consecuencia de haberse puesto en movimiento por los medios que le son propios, reaccionaron y se combinaron, produciendo la molécula; que esas moléculas, mediante la intervencion de las fuerzas inmanentes en la materia, y con el transcurso de un lapso de tiempo, que se cuenta por millares de siglos, fueron agregándose y al cabo produjeron los soles, centro de los mundos que habian de llenar el espacio; que de esos soles, á consecuencia del vertiginoso movimiento de rotacion de que estaban dotados, y por no hallarse suficientemente condensada la materia cósmica que los constituyera, desprendiéronse anillos que habian de formar los planetas, cuerpos opacos que comenzaron á trazar inmensas órbitas en derredor del sol de que procedian y formaba su centro respectivo; que un dia, previamente dispuesto el planeta Tierra y herido por los rayos de estrella en torno de la cual realiza sus revoluciones, brotó en él la vida con toda su variedad y magnificencia.... ¿Qué hacen, repetimos, al proceder de esta suertela *Cosmografía* y la *Geología*? Materialismo y panteismo, disimulados bajo el brillante disfraz de un aparato al parecer científico.

¿Qué hacen la *Biología* y la *Paleontología*, aquella hablando de un Dios naturaleza, de un Dios fuerza, de un infinito impersonal que se desenvuelve al través del tiempo y del espacio, pasando del estado gaseoso al líquido, del líquido al sólido, mineral ayer, hoy vegetal, mañana animal, hasta que llegue el momento en que deba convertirse en hombre, término de sus evoluciones, segun unos, punto de espera, lugar de descanso, segun otros, en el cual debe perfeccionarse sucesivamente, hasta tanto que revista las formas de un sér superior: esta examinando si los restos de las plantas y de los animales fósiles que yacen bajo el suelo actual se hallan superpuestos en conformidad á la narracion mosáica; ó preguntándose si no son más bien los residuos de otros antiguos mundos completamente independientes de la obra de los seis dias? Materialismo y pan-

teismo, disimulados bajo el disfraz de un aparato, al parecer científico.

¿Qué hace la *Antropología* cuando supone que el linaje humano no es acreedor á este nombre, por no proceder de una sola pareja; que no tiene cualidades superiores que esencialmente le diferencien del bruto; que no se encuentra en sus individuos un principio que anime su cuerpo, y cuyas facultades impriman movimiento á sus órganos y orden á sus funciones; que sus progenitores fueron el mono ridículo, cuyos visajes son motivo de diversion y chacota, ó el sapo repugnante del cual desviamos la vista con horror y el estómago con asco? Materialismo, y nada más que materialismo.

¿Qué hace finalmente la *Etnología* en las diferentes ramas que la constituyen, cuando apoyándose en el débil testimonio de los restos de la industria humana, remonta la antigüedad del hombre á una época que escapa á toda penetracion: ó haciendo hincapié en los problemáticos anales de los imperios del extremo oriente, fija para el mundo histórico, ó post-diluviano, una época anterior á la que resulta de los libros sagrados y de los monumentos profanos; ó fundándose en la divergencia de los idiomas que al presente se conservan, pone en duda su procedencia de un solo tronco, y por consiguiente la unidad de familia en el arca, la confusion de Babel, y la dispersion que fué de aquella resultado; ó fijándose por último en los escasos restos monumentales, que de sus emigraciones y expediciones guerreras ó pacíficas nos han dejado los pueblos, los utiliza para contradecir las tradiciones biblicas sobre el pasado de la humanidad? Materialismo, y nada más que materialismo.

¿Y de una ciencia, si este nombre merece, que niega á Dios, y horrorizada de su propia obra lo confunde é identifica con todo cuanto existe, y arrebatá al hombre todas sus altezas y esenciales atributos, y le hace descendiente

de la fiera hirsuta que en los bosques vive, y en sus árboles mora, y de sus frutos se alimenta, y sin pasado que la entristezca, sin porvenir que la espante, ni arrepentida ni temerosa, vegeta y crece, crece y vegeta, atenta únicamente á satisfacer sus groseros y materiales apetitos: de una ciencia para la cual la religion y el culto son ocupacion de almas pacatas; el sentimiento de familia fruto de la educacion y resultado de la vida de sociedad; el principio de la propiedad, consecuencia de convenio tácito ó expreso, ó mero abuso de la fuerza; que llama á la moral, tirania más estúpida que cruel; al deber, fantasma imaginado por la cobardía; á la conciencia, espantajo creado por la supersticion: de esa ciencia, repetimos, se exagera, al decir que subvierte los principios que son base robusta del orden social?

No desconocemos, nó, los servicios de alto precio que el saber, la ciencia verdadera tiene prestados en todos los siglos, y más especialmente en los tiempos modernos, á la causa de la libertad y del progreso humanos. ¡Qué mucho, si con ser de ello indignos, quemamos incienso en sus altares! Mas por lo mismo que tenemos en gran estima nuestro elevado sacerdocio; por lo mismo que juzgamos sujeto á responsabilidad el cumplimiento de nuestro deber, cuidamos de distinguir entre lo real y lo aparente, y ponemos verdadero empeño en separar el oro del oropel.

Cierto que al número de los planetas de nuestro sistema, desde las más remotas edades conocidos, ha agregado á Urano y Neptuno; y tiene descubiertos hasta el presente y en lo que va de siglo, ciento sesenta de los asteroides que giran entre las órbitas de Marte y de Júpiter, haciendo con ello verdadera la ley que formulara Bode en los últimos años del precedente; y ha llegado á calcular el número de millones de soles que forman la via láctea; y ha medido las distancias que los separan; y ha averiguado sus dimensiones y densidad; y los ha seguido en su camino al través de

las profundidades del espacio; y por medio del análisis espectral, determina actualmente los elementos de que se componen, con la misma facilidad que si tuviese fragmentos de ellos en sus matraces y retortas, en sus crisoles y tubos de ensayo. Cierto que estudiando la corteza que constituye la envoltura de nuestro planeta, ha adquirido la noción de las transformaciones que experimentara en épocas que escapan á la investigación humana, y penetrando en la inmensa necrópolis del mundo antidiluviano, ha obtenido como estimable galardón de tan pacientes tareas los raros ejemplares de esos fósiles, sorprendentes, tanto como por su estructura, por sus gigantescas proporciones, que son el más preciado tesoro de los museos y gabinetes. Cierto que ha logrado penetrar el sentido de colosales poemas debidos á la antigua cultura oriental y ha conseguido leer los caracteres grabados en los escasos monumentos de ladrillo ó de piedra que de las civilizaciones asiria y fenicia hoy nos quedan, y descifrar los geroglíficos egipcios, é interpretar los símbolos esculpidos en las vastas pagodas de la India, proporcionándose con ello elementos poderosísimos para conocer el modo de ser, la vida íntima de esos antiquísimos pueblos y sociedades; las creencias religiosas que profesaban; el gobierno por que se regian; las instituciones que tenían establecidas; las costumbres que los caracterizaban; la lengua que hablaban; el tronco de donde procedían; las emigraciones que en fuerza de las luchas intestinas ó extranjeras se vieron obligados á realizar; las artes que cultivaron con mayor predilección.... Si, de todo esto y mucho más nos confesamos deudores á la ciencia; pero también reconocemos, con un ingeniosísimo escritor contemporáneo, que si es hermoso por todo extremo el libro que podría escribirse con todo cuanto el hombre sabe, todavía fuera más bello el que se escribiera con todo aquello que ignora.

¿Quién nos asegura, preguntaremos con Humboldt, que conozcamos el conjunto de las fuerzas de la naturaleza, ni

siquiera el que dichas fuerzas hayan sido siempre las mismas, ni que hayan obrado de idéntica manera? ¿Qué sabemos de lo que pasa en aquellas profundidades inconmensurables en que los mundos, millones de veces mayores que nuestro sol, ofrécense á nuestras miradas como impalpable polvo luminoso? ¿Cúando se encendieron, cúando se extinguirán esos globos inmensísimos que surcan los vastos oceanos del éter en que flota el majestuoso conjunto de lo creado? ¿Quién nos ha dicho la historia de su formacion, las catástrofes que en cada uno de ellos han ocurrido, los cataclismos que han experimentado, los elementos que los constituyen, los accidentes que los distinguen y dan propia fisonomía, los séres que los pueblan, el momento en que, realizado el fin que al suscitarlos se propuso el Supremo Hacedor, dejarán de formar parte integrante del universo? ¿Qué valen, qué significan, qué representan las excavaciones practicadas á una profundidad que no llega á la diezmilésima parte del radio terrestre, y en un número muy exiguo de los puntos que forman su corteza, comparado con lo que falta explorar y descubrir? ¿Qué datos nuevos fundamentales ha adquirido como resultado de sus estudios la *Etnografía*, que no tenga su precedente en el Libro de los libros? Atenta á tan elevadas consideraciones la ciencia verdadera, sin abdicar por esto su derecho á concebir conjeturas más ó menos fundadas, reconoce su insignificancia y poquedad, y puesta la mente en las facultades de que dispone, y la esperanza en el Sér á quien las debe, persevera en sus propósitos, y adelanta en su carrera, convencida de que obedece á la ley de la expiacion.

Y esa que se engalana con el fastuoso dictado de *Ciencia moderna*, qué hace? ¿Qué es lo que pretende? ¿Á qué aspira? Escuchémosla, y ante el encantador espectáculo del firmamento en noche serena; ante el ordenado conjunto de esa armonía sublime y continuada; ante la variedad inmensa de los séres que pueblan el universo; ante los sor-

prendentes resultados debidos al humano esfuerzo, que son la civilizacion de los pueblos, infatuada hasta la locura, desvanecida por el orgullo, ensoberbecida, delirante, la oírémós exclamar: «Nada existe superior á la naturaleza ni fuera de ella: Dios es engendro de la fantasia.» «Los cielos no cantan la gloria de Dios sinó la de Laplace.» «El plan del universo no es mas que mera apariencia.» «El conjunto de los séres es resultado de la generacion incesante y espontánea proveniente de la energía latente y ciega que existe en la materia.» «La humanidad es producto del perfeccionamiento de una especie inferior; pero nó resultado de una creacion especial distinta y privilegiada» «Los cambios que las sociedades experimentan, son consecuencia precisa de la evolucion de la materia, ó germinacion espontánea del suelo moderno debida á las tres diversas influencias que se conocen con los nombres de raza, medio y momento.» Es decir: ateismo, materialismo, panteismo, transformismo, fatalismo, negacion pura; ¡que nó es mucho que convierta al hombre en bruto, el que supone á Dios mera ilusion!

¡Ah! preguntémosle á esa ciencia pretendida, cuál es el principio de la fuerza que determina el instante en que los astros comienzan á marchar, y mantiene en los cielos ese movimiento continuado que en vano pretende el hombre descubrir; por el cual se afana incesantemente; que persigue cual si fuera un fantasma, y que no obstante lo realizan los mundos hace siglos de siglos al través de las llanuras del firmamento, y nos contestará: ¡Misterio! Preguntémosle de dónde nacen las leyes en virtud de las cuales la materia inorgánica ú organizada se asocia, se agrega, se reune, y corre á agruparse como si obedeciera á la idea de un tipo preexistente, formando cristales de tan bellas y acabadas proporciones, de formas tan perfectas y distintas, cual no podria producirlas el más hábil y consumado géometra, y nos contestará: ¡Misterio! Preguntémosle de dónde pro-

cede esa energía subterránea que convierte en tronco robusto la impalpable semilla, é impele hácia arriba plantas y árboles cuya gravedad debiera inclinar hácia el suelo, y de la materia corrupta y nauseabunda saca flores cuyos matices nos encantan y cuyos aromas nos enajenan, y frutos mil de regalado y gratisimo sabor, y nos contestará: ¡Misterio! Preguntémosle finalmente, en qué consiste el espacio que todo lo contiene y no se halla contenido; de dónde procede el origen del tiempo; qué es la union del alma y del cuerpo, y cuál la causa de las ideas; qué son la luz que todo lo ilumina, y el calor que todo lo vivifica, y la electricidad que todo lo conmueve, y que con no ser, acaso, otra cosa mas que estados distintos del mismo movimiento, de nadie son substancialmente conocidos, y nos constestará: ¡Misterio!

¡Misterio, siempre misterio! ¿Dónde están entonces vuestras afirmaciones? ¿En qué consisten vuestros principios? ¿Cuáles son vuestros dogmas inmutables é imperecederos? ¿Qué le dais al hombre; qué le concedéis á esa humanidad que tantas simpatías os merece, é interés tan profundo os inspira, en cambio de las creencias que le arrebatais y que constituyen el riquísimo tesoro de su fe: en cambio de sus elevadas aspiraciones, de que os reis, y que son lo único que le comunica fuerza y valor para perseverar en su penosa peregrinacion al través de este valle de lágrimas: en cambio de los desinteresados sentimientos de su alma, que forman el caudal inmenso de donde saca las arrobadoras fruiciones, las delectaciones purísimas, los encantos y atractivos con que adorna y embellece y magnífica su mísera y lamentable existencia?

Vosotros, que con el corazón henchido de esperanza y llena la mente de halagüeñas ilusiones, gozosos y entusiasmados acudís un día y otro día á las aulas, para libar en ellas el aroma del saber, sin que pongan miedo en vuestro pecho las contrariedades de toda suerte que deberéis experimentar hasta conseguir el galardón merecido; al abandonar la protectora sombra de este sagrado recinto, guardaos de caer en las redes sutilísimas que os tiende esa ciencia engañosa: rechazad resueltos la copa cincelada en que se os brinda un licor cuyo perfume embriaga; cuyas emanaciones enloquecen; cuya esencia mata. ¿Sabeis lo que se halla en el fondo de la misma? Esperanzas frustradas: ilusiones perdidas: el desencanto: la decepcion: la duda.

Y si un día sentís que muerde vuestro corazón el áspid ponzoñoso del escepticismo, recordad que el hombre que se parece al sér inorgánico en que como él crece; y al vegetal en que crece y vive; y al animal en que crece y vive y siente, tiene una cualidad propia que lo distingue; un rasgo característico que lo ennoblece; un sello especial que hace de él un mundo aparte, é influye poderosamente en que con ningun otro pueda ser confundido: y esta cualidad, este rasgo, dicho sello, consisten en la fe. Considerad que el orgullo científico, lejos de enaltecer al sabio, le convierte en pigmeo despreciable, pues nunca el hombre de ciencia revela más elocuentemente los tesoros de su saber, que cuando confiesa humilde su debilidad é insuficiencia, viendo en cada hoja del árbol verde, una página del libro escrito por la mano de Dios. Considerad que entre el espíritu y la materia, lo absoluto y lo relativo, lo necesario y lo contingente, lo eterno y lo perecedero, lo infinito y lo limitado, lo perfecto y lo defectuoso, lo inmutable y lo sujeto á variacion, el ser y el no ser, media un abismo tan

inconmensurable, que el universo mundo con carecer de límites, sería insuficiente á llenarlo. Recordad, en fin, que las primeras lecciones que recibisteis, cuando vuestros labios apenas lograban balbucir las palabras que, sentados en el materno regazo, mezcladas con caricias incomparables, os enseñaba á pronunciar, inundada de ternura, la santa mujer á quien llamasteis madre; encaminadas iban á revelaros: que *el cielo y la tierra, la luz y las tinieblas, el firmamento y los mares, el sol que preside nuestros dias y la luna que alumbrá nuestras noches, y la yerba verde que hace simiente, y el árbol que da fruto, y el ave que cruza el espacio, y el pez que se agita en el líquido elemento, y el reptil que se arrastra entre la maleza, y el bruto que asienta su planta en el suelo, y el hombre que ejerce dominio sobre el bruto y el reptil y el pez y el ave, y el árbol y la yerba, y la luna que ilumina nuestras noches, y el sol que preside nuestros dias, y los mares y el firmamento, y las tinieblas, y la luz, y la tierra lugar de su expiacion, y el cielo, término de sus esperanzas,—brotaron de los profundos abismos de la nada, por la eficacia del Verbo de Dios.*

FIN.